

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL
ILMO. SR. DON ANTONIO CARVAJAL

EN LA INAUGURACIÓN
DEL CURSO ACADÉMICO 2014-2015
Y RECEPCIÓN PÚBLICA
COMO ACADÉMICO SUPERNUMERARIO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 20 DE OCTUBRE DE 2014

GRANADA
MMXIV

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
Apartado de Correos 1013
18080 GRANADA

<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org/>

Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L., Granada
Depósito Legal: Gr/1.817-2014

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON ANTONIO CARVAJAL

INCORPORACIÓN TEMPORAL
DE GRANADA EN LA OBRA
DE VICENTE ALEIXANDRE

Sr. Presidente,
compañeros de Academia,
Sras. y Sres.:

DON Vicente Aleixandre y Merlo, nacido en Sevilla, niño en Málaga, adulto, premio Nobel y, finalmente, muerto en Madrid a los 86 años, tenía en su domicilio de la calle Velintonia, número 3, un precioso retrato, firmado por Madrazo, de su abuelo materno, Antonio Merlo, cuya era la casa natal del poeta en la bella plaza sevillana conocida como Puerta de Jerez, todavía en pie aunque destinada a otros menesteres que los de resonar con los gorjeos de un niño de ojos azules, herencia genética del antedicho abuelo, nacido en 1838 (según se deduce de las palabras que el nieto le pone en la boca más de un siglo después), huido del seminario, emigrante a Cuba con pocos duros y algo de ropa blanca, y vuelto a España, adinerado y emprendedor, una de cuyas adquisiciones, el Molino de Atocha, dejará honda huella en la vida y en la obra de su único descendiente varón.

Desde mi adolescencia he tenido la molesta sensación de que las divisiones políticas y administrativas, sean civiles o religiosas, tienden a parcelar la sociedad, a encerrar los espíritus en recios límites intangibles pero muchas veces insalvables, de tal manera que desde nuestro nacimiento somos más lugareños que provincianos, más provincianos que humanos; lo percibí en el primer trajín oficinesco que marcó mi vida con el horror al papeleo, aquel solicitar partidas de matrimonio de los padres, de nacimiento y bautismo propios, que se agrumaban con otros documentos

hasta constituir un expediente escolar que me adscribía a nuevos límites, que me situaba en posición de rival, si no de enemigo, de quienes no coincidieran en los rótulos de sus expedientes con el del mío, no para ser mejor mediante la emulación enaltecedora sino para ser comúnmente distinto en los pensamientos y actitudes reductores. La persistente experiencia de lector incrementó mi repugnancia a los límites; y así me pareció envilecedor, más que ridículo, el amor a lo propio que Cervantes vitupera, aunque con su retozona amargura, en la historieta de los alcaldes del rebuzno, mientras creí entender muy bien las palabras de Leopoldo Alas, “me nacieron en Zamora”, y las de Antonio Machado, “mí corazón está donde ha nacido, no a la vida, al amor”. Porque el lector que yo era se quiso un día habitante de la primera ciudad que la poesía grabó en sus entrañas, la Toledo que Garcilaso dibuja en su égloga tercera, contemplador del yermo collado que Leopardi declara tanto amar en “L’infinito” si no del terso mar que Valéry consideraba desde el cementerio de Sète, o de la Oleza de Gabriel Miró, luego sentida apasionadamente como la Orihuela de Miguel Hernández, a mis ojos mentales brilladora y mágica en el entorno encendido al que obstinadamente me quería transportar Trina Mercader o, ya más cerca, de la Málaga de mis fabulaciones infantiles cuyas gracias y excelencias mis padres desplegaban ante mi imaginación, convertida por Vicente Aleixandre en la ciudad del paraíso, con una hermana más melliza que gemela, Alicante, aquella volando sobre el mar y esta desde él emergiendo. La literatura y el arte me han hecho ciudadano del mundo y no he necesitado muchas veces de otras vivencias que la lectura o la contemplación para cantar a Segovia con palabras de

Pío Baroja o la silente Badajoz con trazos y colores de Francisco Pedraja y palabras de Carlos Villarreal. Y, así, mi Granada es la inventada por Zorrilla, Villaespesa, Ganivet, Álvarez de Cienfuegos, Federico García Lorca, Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez, Elena Martín Vivaldi, pero también la iluminada por Sorolla, Aureliano de Beruete, López Mezquita, ambos Rodríguez Acosta, MariteVivaldi, Rosaura Álvarez, Francisco Fernández, y rumoreada por Albéniz, Tárrega, Monasterio, Falla..., y tantos más que me han dorado la píldora de una cotidianeidad no siempre grata y suministrarme el agua suficiente para tragar las ruedas de molino que en ocasiones debo tomar como aperitivo.

En esta enumeración ya me hubiera gustado poder incluir la Granata mentada por Petrarca en el verso 48 de su fragmento quincuagésimo, que designa el reino y no la ciudad, y falta entre otros el nombre de Vicente Aleixandre, maestro y amigo mío más de vida que de letra (con deberle yo tantas) quien me donó un elemento esencial de la Granada que elegí como patria: la “incorporación temporal” de personas queridas o admiradas. Si llamo “patria” a Granada no estoy refiriéndome al solar donde mis padres me incorporaron al mundo, sino a la humilde vivienda del hijo que ve morir a sus padres en ella, el triste nicho donde alojó sus restos, la vacua memoria que no podrá colmar el recuerdo. “Patria es humanidad” escribió José Martí y mi primo José Antonio Ramírez Milena se encarga de recordarme con tierna terquedad; pero patria es también una plétora de vacíos donde se va dibujando el nuestro hasta ocuparla entera.

Tres granadinos rescata para nosotros Vicente Aleixandre. He adelantado el primero, Antonio Merlo; antes aparece

en su obra Federico García Lorca; la última, sin apellido pero con apelativo, es María la Gorda. Comenzaré por ella, evocada en el libro *Retratos con nombre*:

Esta que veis pasar María la llaman,
“María la Gorda”.

Nació en la boca misma
de una cueva en Granada.

Quiso ser bailaora. Mas cuán pronto
carnes echó, y su estilo aún bello en solos brazos pudo
arder, llamear. Quietos su cuerpo torpe envía
esos dos brazos como llamas ávidas
que allá en el Albaicín quemáronse y aún duran.

Duran, pues que María, cuando en la noche venal
pídenle juerga,

baila tan sólo con inmóvil cuerpo.

Mas cuánta vida envía por los brazos,
por las manos leales, y allá suenan.

“María la Gorda”, estilo solo, palpito,
condenación y luz mejió en las brasas
cuando su pelo se enredaba en cobres,
por los morenos brazos, y allí ardía.

Todo su bulto ardía, carbón todo
como una mole de color quemado,
y un humo lento por la cueva sube
solemne, desde el hogar que es ella, crepitando.
María fuerte pisa, y salta la chispa de ese suelo lívido,
los palillos efunden más que olor, pues crujen
y algo que no es esencia sino nombre
profundo, por debajo del pie gime y se calla.

Calla. Hay un rostro pisado por ese pie, y él baila
sobre los ojos, y una mirada toda del vivir él siente
bajo su planta. El pie, el pie y su ciencia.
La mirada del mundo está en su tacto,
pues sobre una mirada baila, y pudo.

Tardía el alba ahora regresa, y gime.
¿A quién? ¿De quién? El baile está acabado.
Carbón el pelo aún. Los brazos yertos
ceniza están. María, ropa muerta.

Aquí aparece una constante aleixandrina, la danza como figura de la verdad de quien la ejecuta bajo artificio de luces hasta su extinción en el amanecer, ya “cuando entre polca y polca / despunta lacia el alba” (“Salón”, de *Espadas como labios*), ya en el despuntar de la luz que silencia la “noche sinfónica” (en *La destrucción o el amor*), ya en el alba tardía que regresa, el baile acabado, los brazos yertos. Muerta es la última palabra de este poema, un muerto es cuanto nos ofrece el bailarín de “Quien baila se cosuma” (*Diálogos del conocimiento*):

Es el fin. Yo he dormido mientras bailaba o sueño.
Soy leve como un ángel que unos labios pronuncian.
Con la rosa en la mano adelanto mi vida
y lo que ofrezco es oro o es un puñal, o un muerto.

Inmerso en el oleaje de un vals de *El caballero de la rosa*, el levísimo bailarín contrasta con la pesantez de María. Pero los pies... El director de escena dice del bailarín que su “pie en el aire imita / la irrupción de la aurora, pero cuán torpemente”. Los pies de María marcan el compás,

atraen y machacan las miradas, tenaces y seguros en su punteo mientras sobre la inmóvil masa del cuerpo llamean los brazos y el baile se le depura hasta quedar en “estilo solo, palpito”. No se arredra el poeta ante las palabras certeras de la exacta habla común: bailaora, juerga, palillos. Decirlos de otra manera sería mentir, y el arte grande no tolera mentiras. Arte grande el de Vicente Aleixandre como lo es el de Isaac Albéniz en su “Albaicín” de la *Iberia*. Y sé lo que comparo: basta oír cómo el poeta enlaza las estrofas, cómo el músico presenta y desarrolla los motivos. Ambos nos entregan el fruto exquisito de la creación artística superadora de las tentaciones fáciles del ramplón folclore acomodado.

Ya que he aludido al enlace de las estrofas me detendré brevemente en su descripción: las estrofas 1ª y 2ª, 3ª y 4ª se traban mediante la repetición cabal de la palabra final de una en el comienzo de la otra: “duran”, “calla”; la 3ª no enlaza con la segunda mediante tal anadiplosis pura sino con la palabra medial de su primer verso, “ardía”, que al aparecer ante cesura genera la impresión falsa de una epífora. La impresión de movimiento sucesivo que sugieren las palabras por su contenido se refuerza con el ritmo, que me he atrevido a definir como despliegue coreográfico de la palabra dicha en el tiempo. En ese despliegue hay un momento de énfasis tensivo:

Todo su bulto ardía, carbón todo

(estrofa 3, verso 1º), colocado en la mitad justa del poema, construido con un quiasmo magistral, apoyado en la epanadiplosis del adjetivo totalizador, con los dos nom-

bres flanqueando el verbo, aquí la palabra más expresiva, realizada por la cesura y contrabalanceada por la palabra “carbón”, término esencial del poema que se proyecta hacia delante, para ser recuperada restringidamente al final, por efecto del antitonema deslizante con que el verso concluye sonoramente, no así el concepto. El momento distensivo, de compás y metro vacilante, se presenta en el verso inicial de la última estrofa, que puede leerse como un tridecasílabo pero que interpreto como un dodecasílabo de seguidilla inversa (de 5+7 sílabas) por la tendencia a buscar el apoyo en 6ª una vez que se han dado los de 2ª y 4ª, característicos del endecasílabo; frustrada la expectativa de éste, el compás pide la sinéresis en “ahora” y, con ello, la ejecución armónica de 5+7. El endecasílabo yámbico, con su reiterada acentuación de las sílabas pares, presta al cierre del poema un carácter obstinado, no uniforme por la distinta aparición de las cesuras que genera en el oído la sensación de compás simétrico que los ojos reciben como uniforme. Es la tensión entre los oídos y los ojos el principio rítmico del poema, pues el baile se ve, pero también se oye y el depurado estilo de los brazos se contrapuntea con el golpe seco del tacón y los palillos.

Acopiados bajo el rótulo común de *Poemas varios* (*Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1977, vol. 1, Poesía 1924-1967) se nos ofrecen “Visita a la ciudad (Granada)”, “La muerte del abuelo” y “El enterrado – a Federico”. El primer texto poco aporta más allá de los escasos rasgos impresionistas que concentra en cuatro versos seguidos:

Allí el colegio imposible,
la casa umbría, el brusco son de otra fuente.

Ciudad de fuentes, envuelta en su melodía sin tiempo.
Lenta ciudad bajo la irisada niebla fresquísima.

Convengan conmigo en que llamar a Granada “ciudad de fuentes” no es decir mucho de ella pues lo mismo se dice de tantas. Pero hay un detalle que me sobresalta, la irisada niebla fresquísima, no por la irisación, no por el frescor, sino por la misma niebla que rara vez me ha envuelto en esta ciudad, aunque sea espesa y peligrosa en tantos amaneceres de la vega o, vista desde las alturas que la rodean, aparezca tocada con un velo sucio que sólo por decoro llamamos neblina y no estiércol, con su uniforme gris compacto que niega toda irisación. ¿Pudo verla así el poeta en su única visita a la ciudad o recoge la memoria vaga del abuelo o la descripción maravillante del amigo, veguero por más señas? Lo de calificarla como lenta sí es rasgo denunciado por mis amigos urbanitas de los años sesenta que clamaban contra el ritmo agrario de una Granada ceñida de huertas y aún no encorsetada entre bloques de cemento con tercas ballenas de ferralla, urbanitas a los que miraba con estupor desde mi altercado entre la ciudad y el campo.

Destacaré de “El enterrado” su verso final,

¡Ah, corazón constante que, inmortal tú, retumbas!

porque me parece que sintetiza intensamente cuanto Aleixandre escribió en el primero (en el tiempo) de los que luego llamó *Los encuentros*, en 1937, “Evocación de Federico García Lorca”. Dos amigos le retumbaban a Vicente Aleixandre, cada uno con su sonido propio, ambos

con la misma intensidad de privación y nostalgia: Miguel Hernández y Federico García. En las “puras y alegres tardes del pasado” que Alexandre decía con palabras de Manuel Altolaguirre en su correspondencia al evocar mis visitas a Velintonia, intensamente grabé en mi corazón cómo ambos poetas, antes de tiempo y casi en flor cortados, se incorporaban a mi vida desde la voz añorante del amigo que tanto los quería en un presente donde la muerte era dato de ausencia pero no signo de extinción.

He aquí la evocación del poeta granadino trazada por su amigo malagueño:

A Federico se le ha comparado con un niño, se le puede comparar con un ángel, con un agua (“mi corazón es un poco de agua pura”, decía él en una carta), con una roca; en sus más tremendos momentos era impetuoso, clamoroso, mágico como una selva. Cada cual le ha visto de una manera. Los que le amamos y convivimos con él le vimos siempre el mismo, único y sin embargo cambiante, variable como la misma naturaleza. Por la mañana se reía tan alegre, tan clara, tan multiplicadamente como el agua del campo, de la que parecía siempre que venía de lavarse la cara. Durante el día, evocaba los campos frescos, laderas verdes, llanuras, rumor de olivos grises sobre la tierra ocre; en una sucesión de paisajes españoles que dependía de la hora, de su estado de ánimo, de la luz que despidieran sus ojos; quizá también de la persona que tenía enfrente. Yo lo he visto en las noches más altas, de pronto, asomado a unas barandas misteriosas, cuando la luna correspondía con él y le plateaba su rostro; y he sentido que sus brazos se apoyaban en el aire, pero que sus pies se hundían en el tiempo, en los siglos, en la raíz remotísima de la tierra hispánica, hasta no sé dónde, en busca de esa sabiduría profunda que llameaba en sus ojos, que quemaba en

sus labios, que encandecía su ceño de inspirado. No, no era un niño entonces. ¡Qué viejo, qué viejo, qué “antiguo”, qué fabuloso y mítico! Que no parezca irreverencia: sólo algún viejo “cantaor” de flamenco, sólo alguna vieja “bailaora”, hechos ya estatuas de piedra, podrían serle comparados. Sólo una remota montaña andaluza sin edad, entrevista en un fondo nocturno, podría entonces hermanársele.

No hay quien pueda definirle. Su presencia, comparable quizá solo y justamente con el tifón que asume y arrebató, traía siempre asociaciones de lo sencillo elemental. Era tierno como una concha de la playa. Inocente en su tremenda risa morena como un árbol furioso. Ardiente en sus deseos como un ser nacido para la libertad. Y tenía para su obra futura un instinto tan primario de defensa, que no puede por menos de traerme la memoria de un genio: Goethe. Con una diferencia, y es que Federico era incapaz de la fría serenidad con que aquel Júpiter encadenó el complicado mundo de sus instintos y pasiones y lo redujo a ruedas dentadas al servicio de su rendimiento intelectual. En Federico, todo era inspiración, y su vida tan hermosamente de acuerdo con su obra, fue el triunfo de la libertad y entre su vida y su obra hay un intercambio espiritual y físico tan constante, tan apasionado y fecundo, que las hace eternamente inseparables e indivisibles. En este sentido, como en otros muchos, me recuerda a Lope.

En Federico, que pasaba mágicamente por la vida, al parecer sin apoyarse; que iba y venía ante la vista de sus amigos con algo de genio alado que dispensa gracias, hace feliz un momento y escapa enseguida como la luz, que él se llevaba efectivamente; en Federico, se veía sobre todo al poderoso encantador, disipador de tristezas, hechicero de la alegría, conjurador del gozo de la vida, dueño de las sombras, a las que él desterraba con su presencia. Pero yo gusto, a veces, de evocar a solas otro Federico, una imagen suya que no todos han visto: al noble Federico de la tristeza, al hombre

de soledad y pasión que en el vértigo de su vida de triunfo difícilmente podía adivinarse. He hablado antes de esa nocturna testa suya, macerada por la luna, ya casi amarilla de piedra, petrificada como un dolor antiguo. “¿Qué te duele, hijo?”, parecía preguntarle la luna. “Me duele la tierra, la tierra y los hombres, la carne y el alma humana, la mía y la de los demás, que son uno conmigo.”

En las altas horas de la noche, discurriendo por la ciudad, o en una tabernita (como él decía), casa de comidas, con algún amigo suyo, entre sombras humanas, Federico volvía de la alegría, como de un remoto país, a esta dura realidad de la tierra visible y del dolor visible. El poeta es el ser que acaso carece de límites corporales. Su silencio repentino y largo tenía algo de silencio de río, y en la alta hora, oscuro como un río ancho, se le sentía fluir, fluir, pasándole por su cuerpo y su alma sangres, remembranzas, dolor, latidos de otros corazones y otros seres que eran él mismo en aquel instante, como el río es todas las aguas que le dan cuerpo, pero no límite. La hora muda de Federico era la hora del poeta, hora de soledad, pero de soledad generosa, porque es cuando el poeta siente que es la expresión de todos los hombres.

Su corazón no era ciertamente alegre. Era capaz de toda la alegría del Universo; pero su sima profunda, como la de todo gran poeta, no era la de la alegría. Quienes le vieron pasar por la vida como un ave llena de colorido, no le conocieron. Su corazón era como pocos apasionado, y una capacidad de amor y de sufrimiento ennoblecía cada día más aquella noble frente. Amó mucho, cualidad que algunos superficiales le negaron. Y sufrió por amor, lo que probablemente nadie supo. Recordaré siempre la lectura que me hizo, tiempo antes de partir para Granada, de su última obra lírica, que no habíamos de ver terminada. Me leía sus “Sonetos del amor oscuro”, prodigio de pasión, de entusiasmo, de felicidad, de tormento, puro y ardiente monumento al amor, en que la primera ma-

teria es ya la carne, el corazón, el alma del poeta en trance de destrucción. Sorprendido yo mismo, no pude menos que quedarme mirándole y exclamar: “Federico, ¡qué corazón! Cuánto ha tenido que amar, cuánto que sufrir.” Me miró y se sonrió como un niño. Al hablar así no era yo probablemente el que hablaba. Si esa obra no se ha perdido; si para honor de la poesía española y deleite de las generaciones hasta la consumación de la lengua, se conservan en alguna parte los originales, cuántos habrá que sepan, que aprendan y conozcan la capacidad extraordinaria, la hondura y la calidad sin par del corazón de su poeta.

Los límites marcados para este acto me impiden entrar en pormenores. Debo subrayar dos momentos, primero aquel en que describiendo al amigo parece anticipar la “incorporación” de María la Gorda: “Yo lo he visto en las noches más altas, de pronto, asomado a unas barandas misteriosas, cuando la luna correspondía con él y le plateaba su rostro; y he sentido que sus brazos se apoyaban en el aire, pero que sus pies se hundían en el tiempo, en los siglos, en la raíz remotísima de la tierra hispánica, hasta no sé dónde, en busca de esa sabiduría profunda que llameaba en sus ojos, que quemaba en sus labios, que encandecía su ceño de inspirado. No, no era un niño entonces. ¡Qué viejo, qué viejo, qué “antiguo”, qué fabuloso y mítico! Que no parezca irreverencia: sólo algún viejo “cantaor” de flamenco, sólo alguna vieja “bailaora”, hechos ya estatuas de piedra, podrían serle comparados”; y luego este en que Federico le hace decir: “El poeta es el ser que acaso carece de límites corporales. [...] La hora muda de Federico era la hora del poeta, hora de soledad, pero de soledad generosa, porque es cuando el poeta siente que es la expresión de todos

los hombres.” Cualquier comentario sobra ante la plenitud consciente y cordial de estas palabras. Volveré brevemente al poema “El enterrado”, que suena a más verdad una vez leída la evocación:

¿Qué ronca voz caliente,
propagándote, siento que hasta el pecho me sube,
desde las graves, hondas raíces con que me hincó
en tu memoria, amigo, vivo amigo, enterrado?

No me parece azar, sino fruto de una decidida voluntad de homenaje, que este poema esté escrito en versos alejandrinos sin rima y que en un momento dado (versos 16-19) se agrupen como cuarteto, la forma que García Lorca usa en su “Oda al Santísimo Sacramento del altar” y que repite en el cuarto poema, “Alma ausente”, del *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*. Incluso me parece que Vicente en su cuarteto evoca, a su modo, la “brisa triste por los olivos” con que Federico cierra el llanto por Ignacio:

... Sé que miro florecillas, que un aire
gentil orea las briznas ligeras que aquí brotan.
Y sé, sé que mis plantas sacudidas comprenden
tu clamorosa vida...

Vida clamorosa debió ser la de Antonio Merlo, cuya muerte refiere su nieto como un naufragio de pesadilla, abuelo que le cuenta dos ocasionales encuentros con Gustavo Adolfo Bécquer, uno en Sevilla, otro en el Madrid de las tormentas políticas cuando el general Prim buscaba el gesto de su “estatua definitiva”, abuelo que parece seguir los traslados de su yerno (ingeniero de los ferrocarriles

andaluces) para estar cerca de su hija Elvira, madre de Vicente, y así lo vemos y sentimos en Sevilla, Málaga, Madrid... y Pegalajar, en aquel inmenso olivar cuyos frutos se molturaban en el molino de Atocha, mirándose en las aguas del Guadalbullón, al que llegaban en dos etapas, de Madrid a Jaén por ferrocarril, de Jaén hasta Atocha en la diligencia acelerada que unía las mentadas ciudades andaluzas. Así conoció el niño Vicente Aleixandre al niño ciego de Pegalajar cuyo recuerdo se aviva ante un cuadro de Vázquez Díaz. Doy la primera versión:

Era en el pueblecillo de Pegalajar, provincia de Jaén. Nosotros vivíamos en el Molino de Atocha, bastante apartado, y algunas tardes el manijero me decía: “¿Vienes, niño?”, y me sentaba en el mulo cuando se iba hacia el pueblo para sus recados. Y es que a mí me gustaba llegarme allí para jugar con la bandada de los chiquillos, y nunca tenía prisa para volver; por el olivar, hasta el Molino, que daba a la carretera de Jaén a Granada, me acuerdo muy bien, precisamente frente al Hoyo de Rojas.

Había un niño que no jugaba. La primera vez que me fijé en él estaba a la puerta de su casa, en pie, silencioso. La casa enjalbegada, el niño en el quicio. La cara, levantada, y un sol de Poniente que le daba de pleno en el rostro, suavemente, como repasándose. Yo cruzaba corriendo y solo recuerdo eso: un niño en el sol, más en el sol que los demás niños cuando están en el sol. Una cabeza alzada en el sol, como si hubiera entregado su rostro todo para la caricia.

En la prisa de los niños, los chiquillos eran una marea, y yo una espumilla más entre ellos; casi golpeando contra las paredes, estrellados muchas veces, saltando, salpicando. La ola se alargaba ruidosa por entre las calles del pueblo, pero no recogía nunca aquel poco de agua quieta que era el niño callado junto a la casilla.

Me dijeron una vez: “No ve”. Y me quedé mirándole. Otro día se acercaron otros chicos y yo con ellos, desgajados de los que jugaban. Todos eran amigos. Sonrió como al aire, con una sonrisa general, para que cada uno tomase su porción, que él ofrecía como si extendiese la mano chica. Y tenía en la otra mano, pendiente, algo así como una guitarra pequeña.

Después, en otros días, yo solía tirar de los niños para que nos acercáramos. Nosotros llegábamos sofocados. Él estaba sereno, no frío, con un vago estar muy suave, como si acabase de posarse silenciosamente un momento antes de nuestra llegada. Cuando hablaba, en el instrumento punteaba alguna vez una nota, que quedaba vibrando cariñosamente en el aire.

La última vez que le vi faltaba muy poco para que nosotros dejáramos el Molino. Pregunté por él en el último momento y me dijeron que estaba en su casa. Hoy me parece todavía que le miro. Sentado en su silla de anea, sostenía la bandurria sobre la pierna y estaba tocando. Me detuve en la puerta. Vestía su trajecillo azul claro, casi gris, que contrastaba armoniosamente con los rojos palitroques de su silla alegre. La cabeza, levemente ladeada, se bañaba en el aire quieto y sus ojos dolorosos (uno casi borrado, el otro apenas una rayita blanca) parecían tocados por una mano de bondad que los redimiese. Su cara absorbida, sacada a más luz, casi sonreía, y un soplo de ternura echado sobre los rasgos semejaba consentir la semitristeza, la semifelicidad de aquel rostro. La mano rozaba las cuerdas y en el instante en que yo me asomé estaba recién alzada de una nota y parecía flotar nerviosa, sola, en la onda pura que levantaba.

Me quedé quieto, callado, suspenso durante unos minutos. Después, muy despaciosamente, eché un pie para atrás y me retiré silencioso.

Así, callado durante unos minutos, miré el retrato del abuelo que presidía el hermoso comedor de Velintonia.

Conchita y Vicente nos habían sentado a su mesa a Carlos Villarreal y a mí. Yo tenía muy reciente la lectura de *Retratos con nombre* y trataba de ajustar lo que veía a las palabras evocadas. El ambiente lo colmaba un aire cuidadosamente educado, con fulgor de maderas nobles bajo lacas, sin estridencias metálicas, con sosiego en la cristalería. La sordera de Conchita nos obligaba a levantar la voz con no poco miedo a que el ambiente se quebrara. Sí, el color de los ojos del nieto estaba en el cuadro, suyos eran los ojos del abuelo:

Muy cerca está y le veo. Rasurada la cara,
menos la breve mosca bajo el labio. Blanca
la pincelada nítida. Rosado
ese rostro carnosos y, en él, azul el ojo todavía.
Casi gris, mas con luz, siquiera la última.
Hondos surcos tranquilos, labrados lentamente,
por fin, después de mucha vida en tersa fuerza.
Cejas que se desmandan, luego la frente grande
y encima el cráneo liso.
Es el poder desnudo en piedra insigne.

Este que aquí con cuerpo grande se arrogó más vida
y la esparció, su juventud encerró entre tristes muros.
Él no: quien pudo y le obligó. Fue allí en Granada.
En la sotana un niño; y el vidrio, el rezo,
la letanía, el coro. Allí creciera,
allí chispas dieron sus ojos, luz sus dientes.
Cólera al fin su brillo y rompió en gana.
Los quince años por fin. Ventana: abismo.
Se descolgó de noche y huyó lejos.
América, la mar. Un niño duro,
Un niño hirviente, y entre cañas, viento.

refuerza con la etopeya. Vicente, cuando “le conocí, era un hombre maduro. Alta la frente, bigote breve, fuerte la luz de su mirada abierta, y una mano templada... Gracia, alguna. Conocimiento, o más. Memoria, o menos. Y una palabra justa, dicha o tácita, cuando su labio la pronuncia o ríe.” La alusión a la murmuradora y limpia arena del Darro lava en mi memoria la inmundicia con que don Luis de Góngora lo había colmado, lejos del trazo limpio con que Pedro Atanasio Bocanegra iluminó al río adolescente y pulcro, por mor de necesidades urbanas luego embutido en sayal de anacoreta. Trazados los retratos de María la Gorda desde la admiración estética, de Federico García Lorca desde la amistad cortada pero nunca marchita, del abuelo Antonio Merlo cuya voz por mucho tiempo oía en sueños, con palabras de plenitud en la carencia, Granada toma cuerpo de amor y brillo en la palabra del poeta y adquiere una veracidad comprobable que raramente podemos hallar en las efusiones descriptivas de otros autores, no ligados a la ciudad por la savia de la amistad o la caudalosa procedencia de la sangre y de las palabras. Ciudad prometida y deseada, que no pudo volver a visitar porque la enfermedad minadora y la muerte certera se lo impidieron; yo lo tenía todo preparado, el rector de la Universidad de Granada me había encomendado la dirección del Aula de Poesía, y había comprometido a Vicente Aleixandre para su inauguración. No pudo ser. El premio Nobel más había parecido un castigo que la coronación de una vida dedicada con intensa verdad a la poesía. Primero, el herpes que casi lo cegó, que lo atormentó con dolores hasta el último día, luego una progresiva consunción que lo fue reduciendo, privándolo de su alta gallardía, desdibujándolo como un

pintor que se avergonzara de haber plasmado tanta viril belleza. Los ojos, sin luz, como los del niño de Pegalajar, casi borrado el afectado por el herpes, lagrimoso el otro hasta desdeír sus claras luces. Tenía a Granada grabada en las entrañas, leída, oída siempre en la palabra, en la voz de Federico. Le gustaba mi hablar granadino, aunque me pidió que lo abandonara para leer mis poemas. A Carlos Villarreal y a mí nos dedicó uno en su último libro, *Diálogos del conocimiento*; antes nos había escrito otro titulado con nuestros nombres, pero nos pidió que no lo hiciéramos público, guardado en la intimidad de los tres; por cumplir su petición no lo aduzco: entre amigos la lealtad debe estar por encima de cualquier apariencia de gloria y, por supuesto, de toda vanidad. Depositado con el resto de nuestra correspondencia en la Fundación Jorge Guillén de Valladolid, los lectores curiosos deberán esperar a que se cumplan veinticinco años de mi muerte para tener acceso a él. Y no está en mis cálculos morirme aún.

Ay, la muerte. No encajé bien la suya, me sentí reducido a una especie de miseria vital como no conocía desde mi orfandad. Tendría que haber recordado sus palabras a propósito de la de Juan Ramón Jiménez y consolarme y acomodarme a ellas. No lo hice entonces, pero queden aquí como testimonio de su generosidad: “La desaparición de un poeta cumplido está llena de armonía y parece tan solemne, necesaria y fecunda como la diaria puesta del sol”.

Que su luz nunca nos falte.

Muchas gracias.

Antonio Carvajal

ANTONIO CARVAJAL

Antonio Carvajal Milena nacido en Albolote (Granada) el 14 de agosto de 1943, doctor en Filología Románica, ha sido profesor titular de Métrica en la Universidad de Granada, y se le distinguido con el premio de la Crítica 1990, la medalla de honor de la Fundación Rodríguez-Acosta, la medalla al mérito de la Ciudad de Granada y los premios Ciudad de Baeza, Francisco de Quevedo —Villa de Madrid— 2005, Villa de Oria, el I Premio Internacional Piero Bigongiari de la Academia del Ceppo de Pistoia (Italia), el de la Crítica de Andalucía, Nacional de Poesía 2012 y el Pozo de Plata del Patronato Provincial de Cultura Federico García Lorca. Formó parte de la comisión promotora de la Academia de Buenas Letras de Granada, y es miembro de la Real Academia de Nobles Artes de Antequera y correspondiente de la de San Telmo de Málaga.

Autor de los ensayos *De métrica expresiva frente a métrica mecánica* (1995) y *Metáfora de las huellas / Estudios de métrica* (2002), de las ediciones comentadas de *Sonetos de Azul... a Otoño* de Rubén Darío (2004) y *Poemas mágicos y dolientes* (2005) de Juan Ramón Jiménez, y los libretos de ópera *Mariana en sombras*, con música de Alberto García Demestres (2001) y *Don Diego de Granada* (2004), y las recopilaciones de artículos periodísticos *Costumbre sana* (2007), y *Vuelta de paseo* (2008), publicó su primer libro de poesía, *Tigres en el jardín*, en 1968, al que siguieron, entre otros, *Serenata y navaja* (1973), *Casi una fantasía* (1975), *Siesta en el mirador* (1979), *Extravagante jerarquía* (1982), *Del viento en los jazmines* (1984), *De un capricho celeste* (1988), *Testimonio de invierno* (1990), *Miradas sobre el agua* (1993), *Raso milena y perla* (1996), *Alma región luciente* (1997), *Columbario de estío* (1999), *Los pasos evocados* (2004), *Una canción más clara* (2008), *Pequeña patria huida* (2011),

Un girasol flotante (2011) y *Sol que se alude* (2013). Entre sus antologías personales destacan *Rapsodia andalusa* (1995) y *Poemi de Granada e altri versi* (2005), seleccionadas y traducidas al italiano por Rosario Trovato, *Una perdida estrella*, antología temática realizada por Antonio Chicharro (1999), *El corazón y el lúgano —Antología plural—* (2003), *Diapasón de Epicuro*, selección y prólogo de Juan Carlos Fernández Serrato (2003), *El nardo en tus ventanas*, selección y prólogo de Dionisio Pérez Venegas (2004), *Si proche de Grenade* (París, Seghers, 2005), al cuidado de Joëlle Guatelli Tedeschi y Claude Couffon, *De la vida serena*, edición y selección de José Manuel Fuentes (2005), *Del condestable cielo*, selección y prólogo de Antonio Chicharro (2010) y *Cuerpo lento del tiempo*, seleccionada y prologada por Concepción Argente del Castillo. Traducido a diversos idiomas, destaca la edición bilingüe de *El deseo es un agua / O deseo é uma agua* (Lisboa, 1998), con serigrafías de Antonio Jiménez.

Traductor, en colaboración con R. Trovato, del libreto de *Don Quijote*, ópera de Manuel García, como recitador solista ha intervenido en los festivales de Aviñón, Granada y “Música antigua” de Barcelona, en conciertos escolares, ciclos de música y poesía y recitales entre los que destacan los realizados con la soprano Carmen Serrano y el pianista Antonio López y, acompañando al pianista Guillermo González, sobre *Iberia* de Albéniz. Sobre textos suyos han compuesto, además de Alberto García Demestres, los maestros Antón García Abril, Juan Alfonso García, José García Román, Gustavo Yepes y Héctor Eliel Márquez, los cantautores Rosa León, Jesús Barroso y Javier Ruibal y el cantautor Alfredo Arrebola. Colabora con artistas plásticos, con quienes edita libros, catálogos y carpetas de serigrafías, fotografías y grabados. Dirige de la colección “Genil de Literatura” de la Diputación granadina, ha dirigido el Aula de Poesía y la Cátedra Federico García Lorca de la Universidad de Granada, realizó el programa “Las páginas leídas” en RNE (1989-90) y fue comisario del centenario de Elena Martín Vivaldi.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 29 de septiembre de 2014,
cuadragésimo noveno aniversario de la primera entrada
de Antonio Carvajal en Velintonia,
en Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,
Bibliotecario de la Academia

Granada,
MMXIV

